

EL PROCESO DE URBANIZACIÓN PREHISPÁNICA EN EL VALLE DE OAXACA

Dr. Ernesto González Licón
División de Posgrado de la
Escuela Nacional de Antropología e Historia.

La región que ocupa actualmente el Estado de Oaxaca es de gran interés para los científicos sociales, historiadores, etnólogos y arqueólogos ya que junto con otras regiones de lo que hoy se conoce como Mesoamérica, se desarrolló la civilización hasta llegar al surgimiento del Estado como forma de organización social y política (Kirchhoff 1943:101-104). Este hecho no es algo sencillo o casual pues al revisar la historia mundial, vemos que solo en cinco regiones del mundo se desarrollaron civilizaciones tan complejas como para fundar estados y ciudades. Como es sabido, las otras regiones son Mesopotamia (actualmente Irak), China, Egipto, La región Andina peruana y Mesoamérica.

En Mesoamerica, pero de manera particular en el Altiplano Central y los Valles centrales de Oaxaca, se desarrolló la escritura jeroglífica, el calendario ritual de 260 días llamado *Pije* por los mixtecos y zapotecos, *Tonalpohualli* por los mexicas. El *Pije* era un calendario ritual que se conservó hasta la llegada de los españoles, su uso estaba restringido a los sacerdotes y servía para predecir el futuro y la muerte de las personas y para llevarles buena fortuna les indicaba que procedimientos debían seguir. Se componía días llamados Lagarto, Serpiente, Venado, etc. y trece números. Por ello los nombres de las personas eran una combinación de ambos como el gran guerrero mixteca "8 Venado" que aparece en el Códice Nutall. Además contaban con el calendario civil compuesto de 18 meses de 20 días y 5 días adicionales que consideraban de mala suerte o nefastos (Alcina 1966, 1972, 1993; Mullen 1975).

La región de Oaxaca es predominantemente montañosa pero a la vez con gran variedad geográfica, en esta diversidad ecológica florecieron civilizaciones que alcanzaron un alto grado de desarrollo en su organización social, económica y religiosa. El actual estado de Oaxaca ocupa el quinto lugar en extensión territorial del país con una superficie de casi 100,000 km² (95,364 km²). Cuenta con 509 km de litorales y se ha dividido en 8 regiones geográfico-económicas.



**FIGURA 1: VISTA GENERAL DE MONTE ALBÁN (todas las fotografías
aparecidas en el artículo son del autor).**

En cada una de ellas encontramos actualmente y desde época prehispánica, diferentes grupos étnicos, todos ellos compartiendo un origen lingüístico común: el Proto-Otomangueano: los cuicatecos, mazatecos y chinantecos en la región de La Cañada y Papaloapan. Los chatinos en La Costa. Huaves, zoques, chontales y nahuas en el Istmo. Los mixtecos, triquis, popolocas, chochos y amuzgos en La Mixteca y La Sierra Sur. Los mixes en La Sierra Norte y zapotecos en Valles Centrales (González Licón 2003, González Licón, Márquez Morfín y Matadamas Díaz 1994).

Podríamos decir que casi en ningún otro Estado de la República Mexicana existió y aún persiste la heterogeneidad cultural, social y económica que presenta la región oaxaqueña.

Es evidente que la variedad de ecosistemas presentes en esta región fue uno de los factores que contribuyeron al desarrollo relativamente independiente de tantas culturas en esta región. Del gran mosaico cultural Oaxaqueño, los mixtecos y zapotecos, por su extensión y complejidad, han acaparado la mayoría de las investigaciones en la región.

La secuencia cronológica en Monte Albán y el Valle de Oaxaca fue inicialmente postulada por Alfonso Caso y colaboradores en cinco etapas que van de la I a la V y que a su vez están relacionadas a los tres periodos de desarrollo Mesoamericano: Formativo, Clásico y Posclásico, con sus fases: Temprano, Medio, Tardío y Terminal, las cuales son las más pequeñas unidades de tiempo reconocidas por indicadores arqueológicos. Caso y colaboradores consideraron la fundación de Monte Albán como el primer asentamiento en el Valle de Oaxaca (Caso 1928, 1965; Caso y Bernal 1952, 1965; Caso, Bernal y Acosta 1967). En este sentido, las etapas I (500-100 a.C.), y II (100 a.C. - 250 D.C.) corresponden al Formativo Tardío y Terminal respectivamente. Las etapas IIIa (250-650 d.C.) y IIIb (650-800 d.C.) corresponden al Clásico Temprano y Tardío respectivamente. Las etapas IV (800-1350 d.C.) y V (1350-1521 d.C.) corresponden al Posclásico Temprano y Tardío respectivamente. Investigaciones posteriores a Alfonso Caso, revelaron una secuencia ocupacional mucho más larga, iniciando con los primeros grupos de cazadores-recolectores cuando menos 10,000 años antes del presente (Flannery 1986). Cuatro periodos fueron añadidos a la secuencia cerámica del Valle de Oaxaca antes de la fundación de Monte Albán: Tierras Largas (1500-1200 a.C.), San José (1200-800 a.C.), Guadalupe (800-700 a.C.), y Rosario 700-500 a.C.), (Blanton, Feinman, Kowalewski y Nicholas 1999; Flannery 1970, 1976; Marcus 1998a; Marcus y Flannery 1996; Marcus y Flannery 1994).

Los vestigios más antiguos de ocupación humana en el Valle de Oaxaca se remontan a unos 8000 años, cuando bandas formadas por unos cuantas personas cazaban animales salvajes, recogían frutos y cultivaban algunas plantas como la calabaza y el maíz. Residían en lugares abiertos, donde construían albergues sencillos de tipo percedero con palos, pieles y ramas (Flannery 1986).

Las primeras evidencias de asentamientos permanentes en el Valle de Oaxaca datan alrededor del año 1400 a.C., cuando fundaron las primeras aldeas en áreas aledañas a los ríos, por ofrecer mejores condiciones para el cultivo de algunos granos que ya habían domesticado. La agricultura trajo consigo un mayor avance tecnológico y productividad, desarrollando sistemas de riego. Las aldeas de esta época (1300 a 900 a.C.) contaban con ocho a diez unidades domésticas. Los cálculos demográficos se han efectuado a partir del tamaño de las viviendas y del total de objetos localizados. Las ceremonias funerarias no eran elaboradas y lo importante era ser enterrado bajo el piso de su casa o en un sitio cercano a ella. Esta asociación del sitio elegido para el entierro y la ubicación de la casa es uno de los rasgos característicos de los zapotecos.

Cronología del Valle de Oaxaca *

Fecha	Etapa	Periodo
1500		Posclásico Tardío
1100	Monte Albán V	

		Posclásico Temprano
700	Monte Albán IV	
500	Monte Albán IIIb	Clásico Tardío
300	Monte Albán IIIa	Clásico Temprano
A.D. B.C 100	Monte Albán II	Formativo Tardío
300	Monte Albán Tardío I	
500	Monte Albán Temprano I	
700	Rosario	Formativo Medio
900	Guadalupe	
1100	San José	
1300	Tierras Largas	Formativo Temprano

*(Blanton, *et al.* 1999)

El sitio más grande de la etapa aldeana fue San José Mogote, en el valle de ETLA. Los vestigios más antiguos de este sitio datan del año 1500 a.C. Para este lapso se distingue ya una diferenciación social, a partir de la presencia de una serie de artículos suntuarios (Marcus y Flannery 1996).

En las últimas décadas, mucho se ha escrito acerca de la evolución de las unidades domésticas y el rol que estas tuvieron en la estructura comunitaria que antecedió al surgimiento del estado en el Valle de Oaxaca. El periodo Formativo fue de grandes cambios y crecimiento sociocultural en todo Mesoamérica. El establecimiento de aldeas conformadas por unas cuantas decenas de familias fue una constante en el Valle de Oaxaca para este periodo, en particular para el Formativo Temprano (1600-900 a.C.) y el Medio (90-300 a.C.), sin embargo, por su misma antigüedad, hay pocos casos estudiados (Drennan 1976b, 1983, Flannery 1976, Flannery y Marcus 1983, Whalen 1988). Es por ello que resulta de interés mencionar de manera particular el caso de dos sitios del Formativo: San José Mogote y Fábrica San José. El primero, sin lugar a dudas el más grande e importante del Valle, mientras que el segundo, dependiente del primero, tuvo un desarrollo más modesto. La comparación entre ambos, nos permite ver sus diferencias con respecto al control y manufactura de ciertos productos, así como al surgimiento de desigualdades sociales al interior de cada comunidad como entre ellas.

Al parecer, las primeras huellas de ocupación en San José Mogote se remontan al Formativo Temprano, un poco antes del 1500 a.C. (Flannery y Marcus 2005:467). Otros sitios contemporáneos en el Valle de ETLA serían Fábrica San José y Santo Domingo Tomaltepec. En estos sitios durante las Fases San José (1150-850 a.C.) y Guadalupe (850-700 a.C.), se han encontrado algunos elementos indicando que algunas familias se habrían beneficiado con el control y distribución de productos como la obsidiana y ello sería indicio de cierta desigualdad social aún desde el Formativo Temprano y Medio (Flannery y Marcus 1983, 2005; Marcus 1998b; Marcus y Flannery 1996; Marcus y Flannery 1994). En este sentido, aunque se identificaron ciertos cambios en la estructura social de esas poblaciones durante la Fase San José, no se puede hablar de la existencia real de clases sociales sino una diferenciación más o

menos continua desde el que no tenía nada hasta el que tenía más que todos (Flannery y Marcus 2005:10).

Para explicar la manera como estas familias ricas se relacionaban entre sí, se ha propuesto que había alianzas basadas en el matrimonio de sus descendientes con tal de afianzarse en el poder. De este modo, alguna o algunas de las mujeres solteras de la familia dirigente de una población como pudo ser San José Mogote, se casaban con jóvenes de las familias dirigentes de otros sitios, lo que se ha llamado hipogamia o intercambio de novias (Marcus y Flannery 1996).

Arqueológicamente se puede observar que en los inicios del Formativo, las casas estaban llenas de objetos rituales, lo cual sugiere que tanto hombres como mujeres debieron realizar ordinariamente actividades rituales. Este tipo de prácticas rituales muestran incluso una dicotomía a lo largo de las líneas femenina y masculina, observada sobre todo en aquellos rituales que involucran a los antepasados (Marcus 1998b).

En los valles centrales durante el período Formativo (1450 a.C. a 200 d.C.) vamos a encontrar un patrón de enterramiento que corresponde a una sociedad no compleja, con fosas excavadas en la roca o tierra que bien pueden ser de forma rectangular, ovalada o de pozos tipo "campana". Los entierros se localizan en asociación a las casas, ya sea en los patios o cerca de ellas, aunque hay excepciones. Algunos entierros presentan ofrendas que consisten en vasijas miniatura, manos de metate, u otros artefactos de molienda, pero en general podemos decir que las ofrendas eran escasas. Sin embargo, se ha encontrado una asociación entre cierto tipo de ofrenda como son las jarras miniatura, que parecen ser una versión en pequeño de las vasijas que se utilizaban en las labores domésticas cotidianas, y las manos de metate, con los entierros femeninos y las vasijas cilíndricas con los entierros masculinos. Todos los entierros de este periodo eran primarios, es decir que el esqueleto conservaba una posición anatómica. La posición predominante era decúbito dorsal extendido, si estaban en tumbas, y alguno en posición sedente o flexionada, cuando se trataba de pozos, como se encontró en el sitio de Tierras Largas, uno de los asentamientos más representativos del periodo Formativo en el Valle de Oaxaca. Estos pozos habían servido en su origen como sitios de almacenamiento o a veces hornos, y después fueron utilizados como lugares para enterrar a sus muertos. No hay evidencia de que los pozos fueran construidos especialmente para enterrar al muerto, por lo contrario, el hecho de que los esqueletos se encuentren sobre el piso de los pozos sugiere que la función original no era como contenedores de entierros. La orientación variaba, muchos de ellos presentaban una orientación este-oeste, pero también encontramos orientaciones norte-sur. La mayoría de los entierros explorados en la fase temprana de Formativo eran de mujeres.

No hay evidencia de ceremonias elaboradas en las tumbas que revelen distinciones sociales en la comunidad. Una idea interesante es que cuando la cabeza de familia moría, la casa era quemada y abandonada. Lo más importante no era ser enterrado en un pozo o en una fosa, sino el estar cerca de la casa o residencia. Ningún entierro se encontró aislado de lo que se consideró el vecindario. La asociación de los entierros con las casas continúa a través del periodo Formativo en el Valle de Oaxaca y está presente en muchas partes de Mesoamérica durante la época prehispánica.

El cuerpo era colocado sobre una capa de rocas justo sobre el piso del pozo. Se ponía una capa de arena y desechos domésticos entre los huesos y el piso. Si había ofrenda, ésta era colocada cerca del esqueleto, a los lados o encima de él.

En contraste, en Fábrica San José, Robert Drennan (1976a), descubre que los entierros más ricos eran de mujeres procedentes de San José Mogote. En Fábrica San José, así como en otros sitios como Santo Domingo Tomaltepec (Whalen 1981), es frecuente encontrar entierros de parejas, asumidas como esposo y esposa, con un tratamiento similar, variando de la tradición más antigua de enterrar solo a los hombres asociados a vasijas con diseños de "Tierra" o "Cielo". Hombres y mujeres eran enterrados con alguna ofrenda, incluyendo una cuenta de jade en la boca y una o más vasijas de cerámica. Sin embargo las diferencias de prestigio y riqueza indican un cambio gradual desde los que no tenían nada hasta los que tenían mucho (Marcus y Flannery 1996:101-104).

Entre estos sitios, existieron relaciones de intercambio comercial y de dependencia social y política, los rituales eran también un aspecto de gran importancia como elemento cohesivo de la comunidad (Marcus 1998b:1). Como mencionamos anteriormente, San José Mogote fue el de mayor tamaño y el dominante. Al interior de cada uno de estos sitios, también se fueron distinguiendo cada vez más las familias ricas de las pobres. Entre estas últimas, se generó un interés por separarse del resto de la población, lo cual fue apoyado por aspectos rituales e ideológicos. En este sentido, Joyce Marcus propone que "...uno de los sistemas más frecuentes consistió en crear una ficción que consideraba que la mayoría de las familias en la comunidad compartían un antepasado común, aún cuando no fuera así. En tales sistemas, las familias se relacionaban entre sí (1) por antepasados cercanos, aquellos que murieron recientemente y que aún eran recordados y (2) por antepasados remotos, quienes eran considerados como fundadores de los linajes o como héroes semidivinos, algunos de los cuales pudieran ser ficticios". "Todas las familias participaban en las ceremonias rituales de la comunidad, estas prácticas servían para unir a los hombres de diferentes grupos, a mujeres de diferentes familias y para conectar a los vivos con los muertos" (1998b:1-5).

Otro aspecto que merece ser resaltado es que desde periodos igualmente tempranos, en el Valle de Oaxaca existió especialización artesanal e intercambio comercial. Esto, a diferencia de la idea de que un pueblo se especializaba exclusivamente en la producción de ciertos productos, implica que hubo especialistas de medio tiempo en cada aldea, generando una mayor interdependencia económica entre familias. Cada pueblo tenía los especialistas que requería y este hecho explicaría el desarrollo mismo de San José Mogote como centro de primera importancia ya que se propiciaban asentamientos más nucleados (Drennan 1991:282).

Con la fundación de Monte Albán hacia el año 500 a.C. como la capital zapoteca, sobre la cima de una montaña a 400 metros sobre el nivel del valle, se generaron cambios cualitativos en la organización política y niveles de desigualdad social de la región. Entre el año 500 a 300 a.C., San José Mogote perdió casi toda su población y un nuevo nivel de jerarquía de asentamientos fue creado con Monte Albán con más de 155 nuevos asentamientos en su alrededor (Blanton 1978:87-91; Flannery y Marcus 1983).



FIGURA 2: CONJUNTO VÉRTICE GEODÉSICO EN LA PLATAFORMA NORTE.

El crecimiento de Monte Albán fue vertiginoso pues para la siguiente etapa (MA-II, 100 a.C.-250 d.C.), la ciudad se extendía a 4 km². Con la Gran Plaza como el centro religioso administrativo del sitio. La plaza, de forma rectangular, orientada norte-sur está delimitada por basamentos y en la

parte superior de éstos se encontraban los templos y las residencias, formando un conjunto imponente. Los templos eran construidos con muros de adobe sobre cimientos de piedra; sus paredes estaban recubiertas con estuco y pintadas. Sus techos eran planos, sostenidos por morillos de madera apoyados en los muros. Algunos de los edificios que rodean esta plaza, presentan tableros y taludes, elementos arquitectónicos decorativos de influencia teotihuacana. En la esquina noreste de la plaza, con una orientación norte-sur se localiza el juego de pelota, que tenían un sentido religioso y ritual. Cercano a la Tumba 105 en la parte noreste del sitio se localiza otro juego más pequeño (Blanton 1978).

Fuera del conjunto central ubicado en la parte más alta de la montaña, las construcciones civiles, y las áreas habitacionales se distribuían en las laderas, a través de terrazas. Las unidades habitacionales además de la casa en sí, comprendían una pequeña huerta, un pozo de almacenamiento y áreas de trabajo artesanal. Aunque con múltiples variantes, estas unidades guardaban, en términos generales un patrón constructivo donde destaca la presencia de un patio central, alrededor del cual se levantaban los cuartos.

Uno de los elementos que más han llamado la atención de la cultura zapoteca, es la costumbre de construir tumbas para enterrar a sus muertos. El número, tipo y forma de éstas es muy amplio. Existen desde las sencillas fosas excavadas bajo el piso de los cuartos sin ninguna construcción aparente, hasta las elaboradas tumbas con fachadas complejas, con jambas y dinteles con bajorrelieves; un vestíbulo y varias cámaras. Algunas tienen las paredes decoradas con murales policromos, con escenas tanto de la vida cotidiana, como de ceremonias rituales, como las Tumbas 104 y la 105. Otras, no tan majestuosas como las anteriores, han maravillado al mundo por su contenido, como fue el caso de la Tumba 7. Se trata de un palacio zapoteco, reutilizado posteriormente por mixtecos, que deciden depositar a sus ancestros en ese lugar sagrado. Para ello levantan parte del techo de la tumba, sacan los restos que se encontraban allí para después colocar sobre el piso, los esqueletos de nueve individuos acompañados de una gran cantidad de objetos finamente elaborados en gran variedad de materiales como oro, plata, jade, y turquesa entre otros (González Licón y Márquez 1990).

Las prácticas funerarias forman parte de la vida cotidiana de los pueblos desde su pasado más remoto. Éstas surgen de acuerdo con la filosofía de los grupos humanos en cada contexto social particular, así, varían en concordancia con las distintas culturas, con su organización social y económica, con el grado de desarrollo tecnológico, con la ideología, con la complejidad de sus creencias religiosas etcétera. El ser humano siempre ha manifestado un especial culto por la otra vida y el límite entre ambas, la muerte.

En el México antiguo las costumbres funerarias estaban ligadas al complejo mundo mágico-religioso de los pueblos prehispánicos, que a su vez tuvieron su base en la ideología dominante de cada sociedad. La preocupación constante del hombre por la vida futura después de la muerte y su inquietud por lo sobrenatural y lo desconocido nos es revelado a través del estudio de las costumbres funerarias, las cuales constituyen uno de los elementos que más datos aportan para el conocimiento integral de una sociedad a causa de los múltiples vestigios que se encuentran sobre ellas durante los procesos de las exploraciones arqueológicas.

Las investigaciones acerca de este tema permiten entender diversos aspectos evolutivos no sólo acerca del desarrollo tecnológico de los grupos, sino en particular de cuestiones ideológicas, de creencias, de hábitos y costumbres en relación a la muerte y a la manera en que los grupos prehispánicos la encaraban. Las prácticas funerarias nos ayudan a inferir datos sobre la organización social y económica. El tipo, tamaño, características y clase de ofrendas asociadas a los esqueletos permiten reconstruir los niveles de desarrollo social, ideológico y técnico.

Las exploraciones arqueológicas han permitido conocer la evolución de los sistemas de enterramiento. Al principio se trataba de entierros sencillos utilizando cuevas, abrigos rocosos, cuando estos existían, o bien haciendo simplemente un hoyo en el piso. Sin embargo, desde ese momento había una intención por el cuidado del cadáver. De acuerdo con la complejidad social, el tipo de entierro fue variando, desde el más sencillo utilizando una fosa de tierra, hasta elaboradas tumbas. Igualmente la riqueza y clase de la ofrenda permiten identificar el rango social del sujeto y de la sociedad misma.

En las culturas mesoamericanas en general, una parte importante de las construcciones monumentales se asociaba con frecuencia al entierro de personajes relevantes, La muerte de un gobernante era un acontecimiento público y su comunidad participaba ofreciéndole una ceremonia fúnebre elaborada y costosa que podía además prolongarse por varias semanas. En general vamos a encontrar gran variedad en la realización del ritual mortuario, lo que indica una relación directa entre la complejidad estructural del mismo y la base económica de dichas manifestaciones socioculturales.

En las sociedades con mínima complejidad cultural, las diferencias se dan en base al sexo, a la edad o a ciertas actividades laborales. En las sociedades donde existen clases, linajes u organizaciones más complejas, la ubicación del entierro con respecto al centro político-administrativo del asentamiento, la forma y orientación de la tumba, así como la ofrenda que lo acompaña y la forma como se dispone del cuerpo en el interior de la cámara funeraria van a representar igualmente una condición religiosa y social.

El culto a los antepasados es parte de los sistemas mágico-religiosos y su estudio como ya indicamos puede conducirnos a identificar las manifestaciones materiales de un pensamiento religioso, directamente relacionado con las condiciones económicas y sociales de sus deudos. Lo primero, y acaso lo más significativo es la creencia de que la muerte no es sino un momento de transición. La vida y la muerte, la muerte y la vida, son en realidad dos aspectos de lo mismo.

LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS EN MONTE ALBÁN.

Partiendo del período Monte Albán I, las tumbas cambiaron desde una sencilla cista de piedras alineadas y talladas, a las estructuras con decoraciones elaboradas. Primero tumbas de tipo rectangular y luego construcciones más complejas con planta cruciforme y antecámara, con nichos y fachadas esculpidas para el periodo Monte Albán V. La mayor parte de las tumbas contenían ofrendas que iban de simples a muy ricas. Objetos de cerámica, piedra, concha, hueso, coral, obsidiana y jade, eran los más comunes, sin embargo a partir de Monte Albán V, con el conocimiento del beneficio de los metales blandos, se elaboraban y depositaban objetos de oro, plata y cobre, así como de otros materiales más escasos como el azabache, cristal de roca, perlas de río y de mar, turquesa, ámbar, y tecalli como en el caso de la tumba 7 de Monte Albán.

Las tumbas zapotecas estuvieron incorporadas a la arquitectura doméstica, usualmente localizadas debajo del piso de los cuartos más importantes, orientadas al patio central. La tumba constituía un recinto que su dueño ocuparía después de muerto, entre los zapotecos, las tumbas son construcciones que asemejan la estructura de las habitaciones que se ocupaban en vida. Ejemplo de lo anterior lo tenemos en la tumba 5 de Suchiquitongo, donde se reproduce al interior de la misma, en la antecámara, el estilo característico constructivo de la etapa IIIB-IV (650-800 d.C.), construyendo réplicas de los frentes de cuatro casas dispuestas alrededor de un patio central. Esta tumba destaca indudablemente por el gran significado que tienen las manifestaciones iconográfica de sus mascarones decorando la fachada interior y exterior, los bajorrelieves de personajes de alto rango que aparecen en todas sus jambas, la pintura mural existente, y la lápida genealógica al interior de la cámara principal, aspectos que se tratan en otros capítulos de este libro.

El proyecto arquitectónico de la tumba, representa por sí mismo un aspecto también importante. La fachada exterior contiene jambas decoradas y un tablero donde destaca una enorme cabeza de jaguar con las fauces abiertas y lengua bífida, de la que asoma un ave con el pico semiabierto. Un pequeño vestíbulo separa el exterior de la antecámara, que es como decíamos líneas arriba, la concepción de "la última morada" reproduciendo exactamente una residencia de los vivos. El acceso es por el lado sur, las "casas" oriente y poniente forman grandes nichos con sus paredes decoradas con pintura mural, todas las jambas presentan bajorrelieves, los dinteles son lisos con una mancha de pintura roja al centro. El lado norte es el acceso a la cámara principal, jerarquizado por tres escalones flanqueados por sendos tableros remetidos con talud. La fachada de la cámara principal presenta el arranque de las jambas sobre otro tablero remetido con talud, sobre los que se colocaron jambas dobles a cada lado decoradas con personajes femenino y masculino respectivamente, en los cuatro casos, las figuras están de perfil viendo hacia el centro o acceso, la mujer va detrás del hombre. Sobre las jambas el dintel liso soporta un tablero remetido con un mascarón al centro. Al interior de la cámara principal se colocó al fondo, una lápida con

bajorrelieves del tipo genealógico. Tanto la antecámara como la cámara principal presentan una techumbre a base de enormes lajas de piedra formando bóvedas angulares. Por la profundidad a la que se encuentra con relación al nivel exterior del patio, uno supone que esta tumba fue construida aún antes del templo que se encuentra sobre ella, ya que de otra manera sería casi imposible llevar a cabo una obra de tal magnitud. Asombra el espacio interior logrado por los constructores de esta tumba, la simétrica disposición de los "cuartos", la imponente fachada de la cámara principal, solucionando con las mismas lajas de la bóveda el problema de la doble altura, simplemente sobreponiéndolas. Como se verá más adelante, la aplicación en esta tumba, de los sistemas constructivos y elementos arquitectónicos usados en los edificios del "mundo real" produjo un efecto hasta ahora solo presente en Suchiuiltongo. Uno podría pensar que en Monte Albán debieron construirse tumbas como la aquí descrita y que tal vez no han sido descubiertas, sin embargo también podría ser que sitios como Suchiuiltongo hacia el final del periodo Clásico empezaban a aumentar su poder e importancia, convirtiéndose cada vez más en ciudades independientes del poder central que debió ejercer Monte Albán anteriormente. Esto pudiera ser un reflejo de ese momento de descomposición del poder centralista de la capital zapoteca, que cada vez más favorecía el surgimiento de ciudades medianas, con una elite dirigente propia y que a la postre desembocó en el abandono de Monte Albán.

La construcción de las tumbas adquirió formas determinadas de acuerdo a su evolución en los distintos periodos. Los estudios relativos a la arquitectura de las tumbas muestran la variación de formas que tenían con respecto a la bóveda, la planta, los nichos, las fachadas, los umbrales. Como se ve, había techos planos, techos angulares, arcos hechos en la roca y otras variantes.

Las plantas presentan tres tipos fundamentales: las de fosa o cajón, la tumba sin antecámara y la tumba con antecámara. De estas dos últimas hay varios subtipos: planta rectangular sencilla con puerta, planta rectangular con jambas, sencilla con nichos; planta cruciforme, sencilla rectangular con antecámara, etcétera.

Los nichos variaban en número, podían ser uno solamente, o varios. De la fachada encontramos siete tipos fundamentales: Fachada sencilla con muro de paramento vertical; cornisa sencilla volando sobre el dintel y rematando la fachada; cornisa doble escalonada volando sobre el dintel y rematando la fachada; tipo tablero, etcétera. El umbral podía ser de bajada, u horizontal. Hecho de roca, de tierra, de grava, de barro, empedrado, enlajado o de estuco. Cada uno de estos tipos de tumbas tuvo un apogeo en cada una de las épocas de ocupación del sitio.

En la época I todas las tumbas presentan un techo plano, no tienen puertas, nichos, fachadas y se reducen a una fosa o cajón. Las tumbas están orientadas con direcciones Norte-Sur, y Este-Oeste. Este tipo de tumba no es privativa de la época I y se sigue usando hasta la época de Monte Albán IIIB. La única diferencia aparente es en cuanto al tipo de ofrenda, pues los elementos arquitectónicos son los mismos.

En la época II se nota un cambio notable respecto a la arquitectura funeraria, así como a otras de las expresiones culturales. Aparece la bóveda angular. En algunas tumbas se encuentra la combinación de dos estilos, el de techo plano y la bóveda angular. También aparecen varios casos de tumbas con puertas y nichos.

Las plantas sugieren que tal vez hubo una influencia extranjera, o simplemente el estilo evolucionó, pues cambia. Siguen apareciendo tumbas de cajón con puerta, techo plano, sin nichos, estilo que perdura en las siguientes épocas y lo único que cambia es la fachada según el periodo. Este fue el tipo de tumba más usado en la época II. Se presentan por primera vez las tumbas con antecámara, con un porcentaje elevado (40%) y aumentan en periodos posteriores hasta llegar a un 70% en Monte Alban IIIA.

Característica de este periodo es la tumba con nichos y sin jambas. Estas tumbas son inconfundibles pues no hay división entre la antecámara y la tumba misma, dando la impresión de una sola unidad. Las fachadas de esta época son de paramento vertical, en todos los casos, mostrando esta característica como estable. Los pisos son de tierra en primer lugar y de estuco en segundo. Aparecen los umbrales, generalmente asociados a las tumbas con antecámara. Predominan las tumbas con tres nichos.

En la etapa IIIA algunas de las tumbas de Monte Albán, tales como las tumbas 72, 103, 104, 105 y 112 contienen elaboradas pinturas murales, aunque la tumba 72 es probablemente de una etapa anterior. Un aspecto interesante acerca de las pinturas de las tumbas es el proceso de repintado del que fueron objeto en tiempos prehispánicos. Al principio se creyó que tan solo algunas de las tumbas habían sido repintadas, como era el caso de la 105, sin embargo, al parecer era muy frecuente que esto sucediera.

El patrón funerario típico de Monte Albán consistió en la reutilización de las tumbas, el ejemplo más claro lo encontramos en la tumba 7, donde se localizó la ofrenda más rica del sitio. Lo interesante de este caso es que siendo una tumba zapoteca de la época IIIB, fue reutilizada posteriormente en la época V por mixtecos. Para ello retiraron una de las lajas de la techumbre y penetrando por ahí, sacaron todo el material zapoteco, para después rellenando un poco el nivel del piso con tierra, colocar o más bien esparcir por toda la tumba, los restos de nueve personajes acompañados de su ofrenda.

No todas las tumbas fueron reutilizadas, por ejemplo la tumba 104 fue localizada con el esqueleto en posición anatómica, las ofrendas y la pintura intacta, aunque esta última parece haber sido acabada con prisas, ya que se aprecian "chorreaduras" de pintura en algunos trazos.

Los temas que aparecen en los murales parecen ser simbólicos, con complejas representaciones de deidades o sacerdotes con glifos asociados. El mural más antiguo que se conoce, asociado a la arquitectura funeraria, es el de la tumba 72 de Monte Albán, donde se representan varios glifos en color rojo. Otras veces aparecen procesiones de hombres o mujeres cantando en alguna ceremonia religiosa. Los murales presentan gran colorido, predominan los tonos rojos, blanco, amarillos ocres, verde, turquesa, azul, negro.

Las pinturas de las tumbas de Monte Albán IIIA muestran cierta semejanza con los frescos de Teotihuacan, aunque en un estilo claramente zapoteco. Las de la etapa IIIB tienen menos similitud con Teotihuacan y son más pequeñas y menos finas. En general las tumbas de Monte Albán así como otras del valle de Oaxaca, como la tumba 5 de Suchiquiltongo, son de las más importantes y elaboradas de Mesoamérica.

En la época de Monte Albán IIIB, las bóvedas se diversifican, encontrándose varios tipos: el mixto, el de techo plano en planta rectangular con puerta. Aparece el tipo de bóveda angular sencilla, que consiste en la colocación de dos lajas encontradas, formando un ángulo. Aparece un nuevo tipo, el angular con frente y fondo piramidal, característico de la época. Las bóvedas en la etapa IIIB evolucionaron de la siguiente manera: 1) tumbas de cajón; 2) tumbas con techo plano, en plantas rectangulares con puerta; 3) tipo de bóveda mixta; 4) Techos angulares sencillos; 5) techo angular con fondo piramidal; 6) techo angular con frente y fondo piramidal.

Predominan los pisos de tierra y entre las fachadas aparece por primera vez la compuesta, caracterizada por el tipo "Tablero". El número de nichos es muy variable y sólo en este periodo encontramos tumbas con cinco nichos.

Las tumbas de esta época presentan una orientación Este-Oeste, y muy pocas están orientadas en la dirección Norte-Sur, pero la mayor parte tienen puerta al Sur.

En el siguiente periodo, la característica relevante es el regreso al techo plano que predominara en la época V, aunque el más alto porcentaje sea el de techo angular. En las plantas desaparece el tipo de cajón. Los umbrales son horizontales, ya que en su mayoría se trata de tumbas sin antecámara. El piso es muchas veces de estuco pero no en tan alto porcentaje como en la etapa II. Las fachadas siguen siendo compuestas, en particular del tipo tablero. La orientación dominante es la dirección Este-Oeste, con las puertas al Oeste.

Algunas tumbas están decoradas con pinturas murales y muchas estaban acompañadas por la típica urna funeraria zapoteca del periodo clásico. Tanto urnas como murales han sido asumidos como representaciones de dioses. En la actualidad algunos especialistas piensan que algunos de los murales de las tumbas representan a miembros de la nobleza y sacerdotes. De igual manera, al parecer también las urnas pueden estar asociadas a personajes que tienen incluso nombres calendáricos. La mayoría sin embargo, usan máscaras que se relacionan con alguna de las

deidades principales como Cocijo "dios de la lluvia", pitao cozobi "dios del maíz", o alguna otra fuerza sobrenatural, no obstante bajo la máscara, la representación es distintivamente humana. Quizá se trate de ancestros de los difuntos, los cuales podían servir como intermediarios entre ellos y los dioses. El mismo respeto y valor que tenía la vejez, estaba influido no sólo por el cúmulo de conocimientos y experiencia que poseían los ancianos, sino también porque estaban muy próximos a llegar con los dioses. Los edificios sobre muchas de las tumbas tienen ofrendas, y entierros asociados a ellas, los cuales sugieren rituales relacionados con los espíritus de los señores, que se continúan muchos años después de su entierro.



FIGURA 3: TUMBA 10.



FIGURA 4: TUMBA 11.



FIGURA 5: TUMBA 11.

Al parecer algunos de los más importantes señores zapotecos fueron enterrados en lugares especiales, posteriormente sacados y llevados a tumbas previamente preparadas sobre las cuales se erigieron construcciones conmemorativas. Estas construcciones conmemorativas tienen el plan de palacios menores o *quehui*, con tumbas grandes bajo el piso de un cuarto, al que se llega usualmente por una escalera desde el patio. Muchas de estas tumbas son cruciformes y todas parecen haber sido construidas, o algunas veces excavadas al interior de una cama de piedra, antes de construir la casa o templo superior. Tal vez la entrada a través del patio fue dejada accesible para que se pudiera pasar después, dentro de la práctica ya descrita de reutilización de las tumbas.

Las tumbas cruciformes se caracterizaron por la gran cantidad de esqueletos encontrados en ellas, por lo que se piensa que eran verdaderos osarios.

Alrededor del año 800 d.C., Monte Albán dejó de crecer, cesaron las nuevas construcciones y el mantenimiento de los grandes edificios, por lo que fue eclipsándose paulatinamente, aunque esto no quiere decir que hubiera sido abandonado violentamente. Las últimas excavaciones arqueológicas realizadas en el sitio, indican que un buen número de casas siguieron habitadas al menos hasta la etapa V (1300-1521 d.C.).

La caída de Monte Albán permitió que otras ciudades que ya existían, se fortalecieron, así como el surgimiento de nuevas. Las ciudades de las etapas IV y V, no mantuvieron un control total de los Valles. Conservaban cierta autonomía y creaban alianzas por medio del matrimonio y el comercio cuando era conveniente. Se trató de un periodo de gran inestabilidad social y política. Los sitios más importantes en esta etapa son Mitla, Suchiuiltongo, Lambityeco y Zaachila (Blanton y Kowalewski 1981).

En la etapa V se expande el militarismo en el Valle de Oaxaca, de la misma forma que estaba sucediendo en otros lugares de Mesoamérica. Llegan al Valle los mexicas, que incursionaron de manera permanente en la zona y finalmente conquistaron las ciudades más importantes como Zaachila, Cuilapan y Mitla. Sin embargo se trató de un dominio temporal. Poco antes, habían arribado grupos procedentes de la Mixteca, enfrascándose en continuas luchas por el dominio de

las tierras de cultivo y el control de los tributos. Los mixtecos lograron dominar en cierto momento y crearon un centro político en Cuilapan (Marcus y Flannery 1996).

Es en esta etapa cuando Mitla se consolidó como el centro religioso rector del Valle. Mitla fue una de las ciudades más importantes del Valle de Tlacolula, sobresaliente entre otros aspectos, por la construcción de residencias de elite decoradas con mosaicos de piedra formando diseños de gran belleza y armonía. Se trató de un asentamiento disperso con construcciones que aprovecharon las pequeñas elevaciones del terreno, con basamentos bajos. Predominan dentro del sitio los conjuntos habitacionales tipo palacio, con patios centrales y cuartos a los lados, bajo los cuales de construyeron tumbas de arquitectura elaborada, con varios recintos y decoradas también con tableros y grecas en las paredes (Blanton, *et al.* 1999).

Otra de las subregiones que permitió el desarrollo de numerosos centros de población fue la mixteca. Los mixtecos se asentaron al poniente de la región oaxaqueña, contemporáneamente a los zapotecos. A diferencia de lo que sucedió en los valles centrales de Oaxaca con Monte Albán como centro rector, en la Mixteca no hubo el predominio de una ciudad por largos periodos, ni se alcanzó el tamaño y densidad de población de ésta. Las comunidades mixtecas mantenían una competencia constante, sus nexos y alianzas eran temporales e inestables, con conflictos por el poder y el prestigio. En contraste con la región del Valle de Oaxaca, los primeros centros urbanos mixtecos eran pequeños, manteniendo una población de entre 500 a 3000 habitantes.

Por las investigaciones arqueológicas, sabemos que Yucuita fue uno de los asentamientos importantes de este periodo, quizá subordinado a Yucuñudahui a 5 km de él. Yucuita se localiza en el Valle de Nochixtlán sobre una loma plana y alargada, alcanzó un tamaño de población de varios miles de habitantes para el año 200 a.C.

Para este periodo existía contacto con otros grupos a través del intercambio de productos. También hubo un intenso intercambio tecnológico y artístico, a través de estilos y formas que se comparten con las culturas desarrolladas en lugares alejados como la Cuenca de México y en la zona de Puebla y con el Valle de Oaxaca.

Las aldeas mixtecas también tenían un patrón de asentamiento basado en unidades habitacionales que congregan a varias familias nucleares, cuya economía estaba basada en la agricultura. El desarrollo de técnicas para el almacenaje de alimentos propició el incremento de clases y tipos de objetos de cerámica, así como de construcciones en pozos subterráneos.

Los centros urbanos también servían para congregarse a la población en los días de mercado y como centro de reunión con otros grupos externos. En estos sitios predominan las grandes plataformas y los juegos de pelota. Para este periodo existe ya una presencia clara de escritura por medio de glifos y representaciones en piedra y en cerámica, tanto de figuras y lugares específicos, como de fechas calendáricas. En cuanto a la organización social se nota una diferenciación en estatus sociales, de acuerdo a los distintos tipos de viviendas, a los objetos encontrados en ellas, así como en las tumbas y en sus ofrendas, que variaban de acuerdo al rango social del individuo (Dahlgren 1954; González Licón 2003; González Licón y Márquez 1995).

Durante el periodo Clásico se consolidan en esta región sociedades que pasan de cacicazgos complejos a estados, los que se registran no sólo en la Mixteca sino en varias partes de la región oaxaqueña. La sociedad se encuentra estratificada en varios grupos fundamentales: la clase gobernante y una elite frecuentemente emparentada entre sí; una clase intermedia formada por militares, comerciantes, artesanos y especialistas destacados que lograban acumular riqueza; y por último los trabajadores tanto en centros urbanos como rurales que podemos dividir entre aquellos que poseían alguna tierra para su subsistencia y otros que no tenían nada y debían emplear su fuerza de trabajo para mantenerse a ellos y sus familias. En la última posición estarían los esclavos, algunos convertidos por deudas o faltas graves al orden social y otros por ser capturados durante alguna guerra.

En la Mixteca Alta el sitio más importante para el periodo Postclásico (750 a 1521 dC) fue Tilantongo, al que se denominaba como Nuu Tnoo Huahui Andehui, Templo del Cielo, reino del famoso dirigente "Ocho Venado Garra de Tigre". Otros señoríos importantes fueron Yanhuítlán y Apoala. Una de las rasgos sobresalientes de esta etapa es el alto grado de desarrollo artístico y

tecnológico alcanzado por los mixtecos; bellos objetos de cerámica policroma, figuras y herramientas de obsidiana confeccionadas con gran arte, grabados hechos en huesos de animales, con representaciones tipo códice, ornamentos de oro, plata, turquesa, jade, concha y algo que destaca de manera significativa como son los manuscritos pictográficos o códices, de gran valor estético, pero sobre todo por el contenido histórico y religioso plasmado en ellos.

Este periodo fue de gran movilización demográfica, debido a varios factores entre los que merece una mención especial la llegada de los aztecas hacia el año 1250 d.C. y posteriormente las incursiones e invasiones mexicas dos siglos después. Algunos señores mixtecos, mediante alianzas matrimoniales con mujeres zapotecas, consiguen autorización para llevar a sus pueblos al Valle de Oaxaca, asentándose definitivamente. De este modo tomaron control de Zaachila y Xoxocotlán y logran establecer un señorío en Cuilapan. Las investigaciones han revelado que los mixtecos de Cuilapan habían expulsado de Zaachila al señor zapoteco, quien se refugió en Tehuantepec, región que él mismo había dominado antes. De tal manera que la expansión mixteca en el valle fue a través del desplazamiento del gobernante zapoteco para apoderarse de la autoridad política. Posteriormente convivieron mixtecos y zapotecos, residiendo en los distintos barrios, aunque continuamente estaban en pugna. De acuerdo con Burgoa, el señor de Zaachila mantuvo una alianza con los mixtecos con el fin de conquistar a los mixes y a los Huaves del Istmo de Tehuantepec, pero hubo problemas en cuanto a la repartición del botín, en este caso del territorio conquistado. Los mixtecos manifestaron su descontento y declararon la guerra a los de Zaachila, a quien derrotaron e hicieron huir (Spores 1984).

Mientras tanto la Mixteca se encontraba dividida en una red de señoríos constituidos por cada uno de los pueblos y sus comarcas aledañas. Algunos estaban agrupados en una serie de provincias, mientras otros permanecían independientes. Entre los señoríos más grandes se puede citar a Coixtlahuaca, Tilantongo, Tlaxiaco y Tututepec. Estos señoríos se les denominaban incluso como reinos, que tenían sus sedes en las ciudades más importantes de ese momento (Spores 1967, 1976, 1984).

La realización de rituales en el la región de Oaxaca y particularmente en el Valle, fue un aspecto importante para el mantenimiento de la ideología y la cohesión de grupo. Evidencia de ceremoniales y rituales han sido registrados en todos los periodos de ocupación y en la mayoría de los centros urbanos estudiados. En el caso particular de Monte Albán, aunque se han detectado cambios en estos rituales, queda claro que el control ideológico era un aspecto importante no solo para la elite gobernante sino también para la gente común que participaba en ellos. El sector medio de la población estaba participando en ceremonias y rituales públicos, pero también se llevaban a cabo otro tipo de ceremonias al interior del grupo familiar. Para la elite gobernante, el desarrollo del mundo simbólico e ideológico era una forma de incrementar su poder y control sobre sus gobernados. Como una sociedad corporativa, se enfocaban más en la producción interna. La cohesión necesaria para alcanzar esta riqueza interna, se lograba mediante el manejo de la ideología adecuada, materializada en rituales y ceremonias.

BIBLIOGRAFÍA

Alcina, Franch José (1966) "Calendarios zapotecos prehispánicos según documentos de los siglos XVI y XVII". *Estudios de Cultura Nahuatl* VI: 119-133.

Alcina, Franch José (1972) "Los dioses del panteón zapoteco". *Anales de Antropología* IX:9-43.

Alcina, Franch José (1993) *Calendario y religión entre los zapotecos*. UNAM,, México.

Blanton, Richard E. (1978) *Monte Albán: Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital*. Academic Press, New York.

Blanton, Richard E., Feinman, Gary M. Kowalewski, Stephen A. Nicholas Linda M. (1999) *Ancient Oaxaca. The Monte Albán State*. Cambridge University Press, Cambridge.

Blanton, Richard E. Kowalewski Stephen A. (1981) "Monte Alban and After in the Valley of Oaxaca". I

Sabloff, Jeremy A. (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians* vol. 1.: 94-116. University of Texas Press, Austin.

Caso, Alfonso (1928) *Las estelas zapotecas*.
Monografías del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. Secretaría de Educación Pública. Talleres gráficos de la Nación, México.

Caso, Alfonso (1965) Zapotec Writing and Calendar
Wauchope, Robert y Willey, Gordon R (eds) *Handbook of Middle American Indians* vol. 3: 931-947. University of Texas Press, Austin.

Caso, Alfonso, Bernal Ignacio (1952) *Urnas de Oaxaca*.
Memorias del INAH 2. INAH, México.

Caso, Alfonso y Bernal Ignacio (1965) "Ceramics of Oaxaca".
Wauchope, Robert y Willey, Gordon R (eds) *Handbook of Middle American Indians*, : 871-895.

Caso, Alfonso, Bernal Ignacio, Acosta Jorge R. (1967) La Cerámica de Monte Albán. Memorias del Instituto Nacional de Antropología e Historia 13. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Dahlgren, Barbro (1954) *La Mixteca: su cultura e historia prehispánicas*. Colección Cultura Mexicana 11. Imprenta Universitaria, México.

Drennan, Robert D. (1976a) *Fábrica San José and Middle Formative Society in the Valley of Oaxaca*.
Memoirs of the Museum of Anthropology 8. University of Michigan, Ann Arbor.

Drennan, Robert D.(1976b) Religion and Social Evolution in Formative Mesoamerica. In *The Early Mesoamerican Village*, edited by Kent V. Flannery, pp. 345-363. Academic Press, New York.

Drennan, Robert D. (1983) "The Growth of Site Hierarchies in the Valley of Oaxaca, Part II ".
Flannery Kent V. Marcus, Joyce (eds) *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*: 65-71. Academic Press, New York.

Drennan, Robert D (1991) "Pre-Hispanic Chiefdom Trajectories"
Mesoamerica, Central America, and Northern South America.
Earle, Timothy (ed.) *Chiefdoms: Power, Economy, and Ideology* : 263-287. Cambridge University Press, Cambridge.

Flannery, Kent V (1970) *Preliminary Archaeological Investigations in the Valley of Oaxaca, México, 1966 through 1969*.
Report to the INAH and the National Science Foundation,.

Flannery, Kent V (1976) *The Early Mesoamerican Village*.
Academic Press, New York.

K. V. Flannery (1986) *Guila Naquitz. Archaic foraging and early agriculture in Oaxaca, México*.
New York, Academic Press

Flannery, Kent V y Joyce Marcus (1983) The Growth of Site Hierarchies in the Valley of Oaxaca, Part I.
Flannery. Kent V, Marcus, Joyce (ed.) *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*,: 53-65. Academic Press, New York.

Flannery, Kent V y Joyce Marcus (2005) *Excavations at San José Mogote 1. The Household Archaeology*. 1ra ed. Prehistory and Human Ecology of the Valley of Oaxaca 40. Museum of Anthropology, university of Michigan, Ann Arbor.

Gendrop, Paul (1976) *Arte prehispánico en Mesoamérica*.
Editorial Trillas, México.

González Licón, Ernesto (1990) *Zapotecas y Mixtecas. Tres mil años de civilización precolombina.*

Corpus Precolombino, Sección: Las civilizaciones mesoamericanas. Editorial Jaca Book y Conaculta, México.

González Licón, Ernesto (2003) *Social Inequality at Monte Albán Oaxaca: Household Analysis from Terminal Formative to Early Classic.*

Ph.D., University of Pittsburgh.

González Licón, Ernesto y Márquez Morfín Lourdes (1990) "Costumbres funerarias en Monte Albán".

Monte Albán: 53-138. Citibank, México, D.F.

González Licón, Ernesto y Lourdes Márquez (1995) "La zona oaxaqueña en el Postclásico".

Manzanilla, Linda, López Luján, Leonardo *Historia Antigua de México*: 55-86. vol. III. IV vols. CONACULTA, INAH, UNAM, PORRUA, México.

González Licón, Ernesto, Márquez Morfín, Lourdes y Matadamas Díaz Raúl (1994)

"Exploraciones arqueológicas en Monte Albán, Oaxaca, durante la temporada 1990-1991".

Boletín del Consejo de Arqueología: 118-123. vol. 1991. INAH, México, D.F.

Kirchhoff, Paul (1943) "Mesoamerica."

Acta Americana 1:92-107.

Marcus, Joyce (1998a) "The Peaks and Valleys of Ancient States: An Extension of the Dynamic Model".

Feinman, Gary M. Marcus, Joyce (eds) *Archaic States*: 59-94. School of American Research, Santa Fe, New Mexico.

Marcus, Joyce (1998b) *Women's Ritual in Formative Oaxaca. Figurine-making, Divinations, Death and the Ancestors.*

Memoirs of the Museum of Anthropology 33. University of Michigan, Ann Arbor.

Marcus, Joyce y Kent V. Flannery (1996) *Zapotec Civilization: How Urban Society Evolved in Mexico's Oaxaca Valley.*

Thames and Hudson, England.

Marcus, Joyce y Flannery, Kent V. (1994) *Ancient Zapotec Ritual and Religion: An Application on the Direct Historical Approach.*

Renfrew Colin, Zubrow Ezra B.W (eds), *The Ancient Mind: Elements of Cognitive Archaeology* : 55-74. Cambridge University Press, Cambridge.

Mullen, Robert J. (1975) *Dominican Architecture in Sixteenth-Century Oaxaca.*

Center for Latin American Studies, Arizona State University and Friends of Mexican Art, Phoenix, Arizona.

Spores, Ronald (1967) *The Mixtec Kings and Their People.*

University Of Oklahoma Press, Norman.

Spores, Ronald (1976) La estratificación social en la antigua sociedad mixteca.

Carrasco, Pedro y Broda Johanna *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica* :207-220. Centro de Investigaciones Superiores del INAH, México.

Spores, Ronald (1984) *The Mixtecs in Ancient and Colonial Times.*

University Of Oklahoma Press, Norman.

Whalen, Michael E. (1981) *Excavations at Santo Domingo Tomaltepec: Evolution of a Formative Community in the Valley of Oaxaca, Mexico.*

Memoirs of the Museum of Anthropology 12. University of Michigan, Ann Arbor.

Whalen, Michael E. (1988) House and Household in Formative Oaxaca,.
Wilk Richard R Ashmore, Wendy (eds.)*Household and Community in the Mesoamerican Past*:249-
272. University of New Mexico Press, Albuquerque.